

EL DIALOGO CRISTIANO MUSULMAN

Ricardo Pattee

Acabo de hacer un segundo viaje de varios meses al Cercano Oriente, inspirado primordialmente por un deseo de tener un contacto directamente personal con aquel mundo complejo e inquietante donde se está jugando, en un sentido riguroso de la palabra, el porvenir de nosotros todos. Si la situación política del este del Mediterráneo ofrece un interés absorbente, no es menos apasionante el aspecto puramente religioso, y vale desde el comienzo de estas reflexiones, insistir sobre el hecho fundamental, de que es incomprensible a todas luces la abigarrada personalidad de los pueblos del Cercano Oriente si no damos una primacía indiscutible a su formación y evolución espirituales. En El Líbano suele responder aquel a quien uno pregunta su nacionalidad que es *maronita* o *copto* y rara vez que es libanés. Quiere decir que el factor religioso, y lo que es más extraordinario todavía, la condición de pertenecer a un rito determinado dentro de la Iglesia Católica o la Ortodoxa, es el factor decisivo en la vida del individuo. Si esta aseveración es válida en cuanto a los cristianos de las diversas confesiones, lo es en grado todavía superior para los musulmanes. Y precisamente, una de las cosas más urgentes, diría más inaplazables, en el Oriente actualmente es el establecimiento, aunque sobre base precaria y deleznable, y de algún contacto espiritual con los que profesan la doctrina del Profeta y siguen las enseñanzas y preceptos del Corán.

No es cosa fácil para el forastero, y máxime para aquel que ignora el idioma árabe, entrar en relaciones intelectuales con la *élite* musulmana de estos países. En Beirut, donde afluyen importantes núcleos de refugiados palestinos, tanto cristianos como musulmanes, el problema reviste un aspecto menos complejo, pues los palestinos ocupan un lugar muy especial entre los árabes por el nivel relativamente elevado de su cultura y por su condición infinitamente más cosmopolita. La experiencia de largos siglos de convivencia más el mandato británico, modificó substancialmente su actitud y su enfoque de los problemas del día. Pero en Damasco, Amman y aún Jerusalen jordana, el diálogo, el verdadero diálogo, y no el contacto carente de calor humano, es profundamente difícil. Y sin embargo, tanto de un lado como del otro, hay como un instinto mal expresado, una intuición mal formulada, que exige un contacto fecundo.

Por cierto, los obstáculos se nos presentan ingentes. La tradición histórica es larga y como una de las características del Cercano Oriente es una memoria colectiva increíblemente apta para retener hasta los menudos detalles de acontecimientos y sobre todo de conflictos a través de miles de años, todo acercamiento se dificulta ante las suspicacias, reservas innumerables y desconfianza. El musulmán suele ver en nosotros, por alejados que estemos de toda acción oficial, un auténtico representante de nuestra propia política nacional. Si nos presentamos en estos lugares empleando el inglés, detrás de la fachada superficial de nuestra propia personalidad aparece la intrincada política británica o anglo-americana, la ocupación de territorios árabes en nombre de la Sociedad de las Naciones, la explotación de los recursos petroleros y mil cosas más por el estilo. Si nuestra lengua es la francesa, hay resabios que remontan a la época en que Francia gobernaba en Siria y El Líbano y nos hallamos irremediabilmente asociados con una política totalmente ajena a nuestras preocupaciones. Si procedemos de los Estados Unidos, se nos echa en cara la responsabilidad punto menos que total por la creación del estado de Israel. Si por acaso pertenecemos al sector británico del mundo angloparlante, cargamos con la responsabilidad casi personal de la Declaración de Balfour en que se prometió el hogar nacional a los judíos. Si de Francia procedemos, somos responsables de Marruecos, Túnez y la guerra civil en Argelia. España, felizmente, disfruta todavía de una prestigio menos menguado en este mundo en efervescencia y es bien posible que el camino más eficaz y expedito para llegar, no a un entendido, que eso implica mucho, pero simplemente a un intercambio de ideas, sea por medio de la cultura y el pensamiento españoles.

¿Sobre qué puede basarse o inspirarse el diálogo? ¿Sobre cuestiones que interesan directamente la estructura dogmática de nuestras respectivas religiones? Difícilmente. Recuerdo la acuciosa observación de un padre jesuita libanés de la Universidad de San José en Beirut que consideraba esta posibilidad como definitivamente excluida porque en el fondo "Nuestro Dios es trinitario; el islámico es unitario" y nada sería más estéril en este momento histórico que trata de penetrar en esta masa compacta que es el mundo musulmán con argumentos sobre la Santísima Trinidad. Lo que urge es que se discuta, si no estos puntos que nos separan irrevocablemente, por lo menos aquellos en que se encuentran posibles zonas de comprensión mutua. Se trata de una co-existencia en que nosotros cristianos logremos una apreciación más cabal de lo que el Islam es y ha sido y que los musulmanes comprendan algunos aspectos del cristianismo que normalmente se les escapan. Nuestro mundo occidental conoció al Islam como una fuerza devastadora y conquistadora y en nuestra mente ha permanecido grabada esta visión de las hordas salidas de la península arábiga, en incontenible avance hacia el corazón de la fortaleza de la cristiandad. Hubo eso y mucho más. Los gobernantes musulmanes en tiempo de los Omeyas permitieron una gran libertad religiosa a los cristianos y muchos entre éstos llegaron a escalar sitios de alta categoría en la administración. Durante el tiempo de los Abassíes, los nestorianos pudieron hasta organizar sus actividades misioneras en el centro de Asia desde una base situada en el pleno corazón del imperio islámico. Juan de Damasco discutía el cristianismo abiertamente ante el califa y escribió, como sabemos, un tratado para ayudar a sus correligionarios a refutar los principales argumentos musulmanes. El patriarca nestoriano Timoteo

sostuvo polémicas doctrinales en presencia de los gobernantes islámicos de su tiempo.

En la primavera de 1954 se celebró en Bhamdoun en El Líbano una conferencia internacional donde cristianos y musulmanes de diversas procedencias se reunieron para examinar a la luz de su historia y de sus fuentes las dos corrientes religiosas. El Dr. Jawad Ali de Siria, al abrir la primera sesión de este congreso memorable, hizo hincapié justamente en la idea que acabamos de esbozar, de que en los siglos pasados, cristianos y musulmanes sin hablar de judíos, lograron mantener un diálogo vivo. Uno de los preceptos del Corán es que los musulmanes no deben "discutir con los pueblos del Libro excepto en una forma amistosa".

Además de los resultados favorables de un acontecimiento mutuo más amplio, se prestó una atención preferente al problema de las dos grandes religiones frente al materialismo marxista, y en este terreno, fué notable observar la coincidencia de puntos de vista entre cristianos venidos de América, España, Inglaterra y Alemania, y musulmanes de Afganistán, Irán, el Yemen, y Siria. Desde hace tiempo se viene diciendo que el Islam es impermeable, literalmente impenetrable para las doctrinas disolventes que emanan de Moscú. En la conferencia a que me vengo refiriendo, esta actitud simplista no prevaleció y tanto un grupo como el otro reconoció que la doctrina en sí sin que vaya acompañada de una transformación, conforme a esa doctrina, abre las puertas a toda suerte de influencias perniciosas. Bastaba citar, en el caso de los islámicos, el conocido texto del profeta de que "la pobreza y la infidelidad se hermanan", o sea, que la práctica de la virtud se dificulta cuando carece el individuo de lo materialmente indispensable, según nuestro Santo Tomás, ¿No hay en este terreno de las realizaciones y del reconocimiento de la paternidad común de Dios, alguna base para la constitución de un frente más vigoroso y unido contra la amenaza infinitamente mayor para ambas religiones que es el marxismo?

El Santo Padre ha revelado en el curso de los últimos años una profunda preocupación por esta posible colaboración con el Islam; colaboración en un orden social principalmente, sin ninguna pretensión ni intención de involucrar en la situación aspectos doctrinales. Recientemente el distinguido dominico egipcio, el P. Anawati, ha llamado la atención a la aparición de dos libros en El Cairo, escritos en lengua árabe y destinados a un público de este idioma, en que se analiza la vida de Nuestro Señor y la naturaleza de la Iglesia Católica desde el punto de vista musulmán. El erudito dominico advierte que por primera vez quizá, escritores islámicos tratan estos temas delicados con atención escrupulosa a las fuentes cristianas y con profundo respeto, tanto por la figura de nuestro Redentor como por la Iglesia que El instituyó. Quiere decir, que uno de los elementos fundamentales para todo contacto entre cristianos y musulmanes es simplemente informarse con toda precisión de lo que cada cual cree en realidad y lo que profesa, tomando estos datos de las obras y fuentes que sirven para los mismos creyentes.

El problema de la penetración católica entre los musulmanes, es muy otra cosa, pues aquí se trata de método y técnica por parte de los misioneros y adaptación a las exigencias del medio familiar y social de estos

pueblos. Pero es posible, y me sorprendió el interés entre nuestros católicos en todas partes del Oriente, lograr ese contacto mínimo entre los dos que es tan importante en la lucha que se libra contra una fuerza infinitamente peligrosa y potente. Después de todo, el musulmán cree en Dios; cree en la vida eterna; cree en la santificación como prelude de dicha vida. Recuerdo la emoción con que, en Damasco, un musulmán con quien había discutido estas cuestiones, terminó el diálogo con la observación de que en el Corán figura también la Virgen Santísima, cuyo nombre aparece varias docenas de veces, rodeado siempre del mayor respeto. Que la Santísima Virgen haya aparecido bajo la advocación de Fátima, nombre también de una de las hijas de Mahoma, bien podría hacernos vislumbrar el día en que los hijos del profeta reconozcan en el Cristo al Hijo de Dios.

Centenario de la revista "ETUDES"

Se han reunido en París unos veinte Directores de Revistas Culturales de la Compañía de Jesús, para celebrar el Centenario de la célebre revista "Etudes" fundada en 1856. Entre los Directores asistentes se encontraba el de nuestra publicación Centroamericana ECA.

La conmemoración centenaria fué también pública. M. Adrien Denselfe presentó al selecto público en el Instituto Católico, el papel de "Etudes" en toda la vida religiosa francesa durante el siglo transcurrido.

El domingo 28 de octubre se celebró una misa de Acción de Gracias en la Iglesia de los Extranjeros, presidida por el Cardenal Feltin, Arzobispo de París, que dirigió su autorizada palabra a la concurrencia e impartió la Bendición Apostólica en nombre de Su Santidad.

Pío XII envió una carta gratulatoria a "Etudes", la cual fué leída en el Teatro Nacional Popular, en uno de los entre actos de la presentación de la vida de S. Ignacio.

"ECA" felicita a su colega "Etudes", deseando que cada día vaya extendiendo a círculos cada vez más amplios su obra de orientación cristiana en todos los problemas de la vida francesa y por repercusión, en muchos otros parecidos de nuestros países.